

DESAFIANDO IDEAS DOMINANTES ACERCA DEL CUERPO

Este documento colectivo nace en el contexto de conversaciones de supervisión entre Carolina Letelier Astorga, Marcela Estrada Vega e Ítalo Latorre-Gentoso durante noviembre de 2017.

Surge en respuesta a la necesidad de hacer visible lo abarcador de las ideas dominantes en relación a la estética corporal, los mandatos en torno al peso, nociones de belleza, etc. Nos preguntamos ¿cómo hacer visible que estas ideas tan poderosas nos atraviesan a todos y todas? Entonces enviamos unas preguntas a colegas en relación a:

- 1. Identificar alguna vez en la vida que han desobedecido estos mandatos y contarlo brevemente.*
- 2. Tratar de nombrar cuáles mandatos desafiaron o desobedecieron.*
- 3. Y finalmente, qué cuidaron al hacer esto (valor, compromiso, esperanza o saberes acerca de la vida).*

Nuestra esperanza es que este documento pueda contribuir en el trabajo con personas que están desafiando estas ideas dominantes acerca del cuerpo.

RELATOS DE RESISTENCIA

“Usé bikini, vencí a la Vergüenza”

Pilar, 32 años. Soy Chilena, género femenino.

Durante unas vacaciones fuera del país fui a la playa, el mar era hermoso y tentador. Usé bikini, vencí a la Vergüenza y me bañé con muchas personas cerca.

Desobedecí el discurso dominante que dice: “Hay que tener un cuerpo bronceado, eso es ser bonita y aceptada, así nadie te quedará mirando con asombro”, esto generó en mí por años vergüenza e incomodidad hacia el Color Blanco de mi piel. Este Color Blanco me hizo sentir distinta y ajena a las personas de mi entorno durante jornadas de playa o incluso piscinas, donde tu cuerpo se expone al ojo crítico del mundo... Eso me hizo creer este discurso.

¿Qué cuidé?... Respondí al amor propio, a la diversidad y a la plena libertad, de que valgo más que mi color de piel. Que soy mucho más que eso, que pienso, que sueño, que siento y amo.

“... como si fuera ley”

Piia, 29 años. Soy chilena, mujer, psicóloga, hija de una familia en donde la belleza y estética siempre ha sido tema, mi abuela fue reina de belleza y desde pequeña el discurso del peso, estética, maquillaje ronda en mi vida.... como si fuera ley.

Maquillarme cuando me da la gana es resistirme a la idea de que el maquillaje es belleza, autoconfianza, preocupación por una misma.

Desde mi adolescencia me he cuestionado dichos discursos y he empezado a descubrirme y a valorar y amarme con mi cuerpo en sus múltiples formas, sean éstas normativas o no normativas. Aún intento resistir a algunos discursos que son muchos más fuertes, como lo son la celulitis, una cicatriz que tengo por una operación al corazón que bloquea el uso de poleras mucho mas frescas que dejen al descubierto mi cicatriz.

Aún estoy en la lucha, mirándome día a día al espejo, recordándome que esa cicatriz me salvó la vida y es solo un testimonio de lo vivido a tan corta edad.

¿Qué cuido?... Amor propio, amarme a mí misma... Me amo, me quiero, me valoro.

“Valorar a las personas por quienes son y no por cómo se ven”

Nicole, 29 años. Chilena, nacida en Santiago. Mujer heterosexual (por el momento).

Psicóloga.

Una práctica personal que descubrí siendo muy niña fue el aprender a valorar a las personas por quienes son y no por cómo se ven. Personalmente decidía mostrarme más desde mi personalidad antes que por mi apariencia física. Muchas veces tuve que recibir comentarios como: “no te sacas partido” y me molestaba, pues ¿qué significaba para una mujer el sacarse partido?, ¿por qué debía hacerlo? Ante discursos como esos, prefería seguir “ocultando” muchas partes de mi cuerpo con tal de no ser valorada por esa apariencia (extremo que hoy, en mi presente tampoco visualizo como positivo), pero que me ayudó a creer en mí misma por quien soy y no por cómo me veo o visto (y así también con los y las demás). Otra resistencia es discutir con amigas o conocidas acerca de no hablar mal de otras mujeres por su apariencia física. Me molestaban mucho ese tipo de discusiones y luego de escuchar muchos comentarios críticos y superficiales hacia otras mujeres, decido enfrentar dichos discursos y discutirlos manifestando que la apariencia física no determina lo valiosa que puede ser una persona.

Desafía la idea de que como mujeres debemos estar bien presentadas físicamente, ser atractivas para otros, que el género femenino se valida desde la belleza que esté de moda y por supuesto, lo sexualizado que está el cuerpo de la mujer.

¿Qué cuido?...

- El valor del respeto que actualmente tiene más que ver con aspectos feministas. Entender vagamente –en un comienzo– que las mujeres no sólo somos cuerpo, sexo o vanidad.
- El compañerismo con la otra, o sororidad, que debía comenzar por nosotras porque según mis observaciones, terminábamos siendo nosotras las gran afectadas de esta “competitividad superficial”.

- El valor de sentirte cómoda contigo misma, de quererte por quien eres, y de aprender a que te quieran por lo mismo.
- El valor de las diferencias y aceptación de éstas, en relación a los distintos cuerpos, distintas formas de vestir, peinar, etc.
- El valor de sentir que tengo derechos, de que puedo caminar sin sentirme abusada o sexualizada.
- El valor de la autenticidad, de no seguir modas estandarizadas para sentirte bonita y respetada. Sino que tener tu propio estilo, dependiendo de qué te haga sentir más cómoda y linda pero desde lo personal.

Resueno mucho con la importancia de tener siempre presente que el verdadero amor, ya sea familiar, amistoso o de pareja, sobrepasará cualquier apariencia física o discurso de belleza dominante. Es algo que muchos y muchas, afortunadamente, entendemos en una edad adulta. Pero que lamentablemente, afecta mucho a jóvenes. Ojalá que todos y todas pudiésemos haber sido más receptivos de esto cuando fuimos adolescentes, pues muchos/as pasaron muy malos ratos por superficialidades del cuerpo que no tienen sentido y ninguna utilidad le dan a nuestro desarrollo personal.

“... incluso deseado”

Ítalo, 36 años.

A los 26 años, pese a la tentación de quedarme en mi casa, seguro y tranquilo (y escondido), acepté la invitación a la piscina de amigos y amigas. Esto no lo hacía hace varios años pues viví muchos años con las voces de la humillación por mi cuerpo de compañeros del colegio en relación a mi color de piel y mi peso. En relación al color de piel que: “debe estar bronceada y no ser tan blanca”. Y en relación a la gordura: “no eres rico, vas a espantar a las mujeres y tienen derecho a burlarse o reírse de tu cuerpo sin que te enojas”. Tengo derecho a ser respetado, querido, incluso deseado con el cuerpo que tengo. Honrar lo rico que es estar en la piscina compartiendo. Saber que nadie tiene derecho a humillar a otra persona, a ponerse por sobre o a hacerme sentir que valgo menos como persona por mi color de piel o mi peso.

“... un vibrador a solas para sentir placer”

Arlette, 38 años.

Respetar mis deseos, comunicarlos y ejecutarlos en el área de la corporalidad conmigo misma, dejando a un lado el discurso dominante de mis círculos que supone que las mujeres si estamos o somos satisfechas, no tenemos por qué utilizar por ejemplo, aparatos de estimulación como un vibrador a solas para sentir placer.

Esto en respuesta a la idea que las mujeres si están en pareja y se sienten felices y satisfechas no utilizan o se compran aparatos o productos para buscar placer estando a solas.

¿Qué cuidado?... Varias cosas. Que no es malo, es parte del ser humano, seamos hombre o mujer, buscar placer, sentirnos bien con uno. Pero por sobretodo: que me honré, me respeté a mí misma, mis deseos y mis tiempos, que no me miento a mí misma.

“Valorar el tiempo vivido”

Carolina, 56 años.

Dejé de teñirme las canas, resistiéndome al mandato de la juventud eterna, valorando el tiempo vivido, la experiencia, las marcas en el cuerpo...

“Derecho de construir mi identidad en mis propios términos”

Claudia, 41 años.

En la adolescencia, cuando mis amigxs o cercanxs me “sugerían” (demandaban) maquillarme y vestirme como “señorita” para “ser más mina” y así atraer a los hombres, me enojaba y enoja mucho. Me negué a asumir estos mandatos esclavizantes, que no tenían que ver con mi identidad y menos para resultarle atractiva a otro en apariencia.

Me resistí a los mandatos del “deber ser”, en relación a parecer una mujer atractiva a los ojos de otros, a ajustarse a cánones de supuesta apariencia atractiva, que nada tienen que ver con lo que eres. Creo que al ceder a discursos que imponen lo que en apariencia resulta atractivo, dejas en otros el poder de definir tu identidad.

¿Qué cuido?... la lealtad conmigo, la importancia de ser genuina como mujer y como persona. El derecho de construir mi identidad en mis propios términos, sin dejar que otrxs colonizaran e invadieran mi identidad.

“Romper esquemas en torno a la apariencia”

Rafa, 35 años. Ciudadano del mundo (el carné dice chileno), género masculino, orientación sexual heterosexual.

Andar con peinados y pintas estafalarias y simples en la vida cotidiana que me sean cómodos: probar formas de vestirme o cortarme el pelo que sean nuevas y distintas para mí y valorar las nuevas imágenes y versiones estéticas que se desprenden de ello. En el trabajo mantener la informalidad o extremarla en ocasiones, que sea notorio que la apariencia no define lo que tengo para contribuir con mi espacio laboral. También vestirme de forma contradictoria a lo que se espera para una espacio social determinado.

Lo anterior en respuesta al ingente grupo de discursos que alimentan la medición de la persona en relación a su apariencia:

- discursos clasistas que definen tu nivel socioeconómico y un montón de aspectos más sobre tu vida en base a cómo te vistes,
- sistemas de clasificación psiquiátricos (uno de los ámbitos de evaluación es la apariencia),
- ideas basadas en la moral y las buenas costumbres conservaduristas,
- nociones sobre las modas imperantes (pasadas y presentes); y
- la asociación de estas modas con movimientos y pensamientos (hippie, hipster, intelectual, etc.).

Pero también es un intento de respuesta a las tecnologías sociales que nos invitan a desarrollar metodologías para conocer al otrx quitándole su complejidad, homologándolo a estereotipos o prejuicios basados en la primera imagen que tenemos de la persona o lo primero que nos produce su presencia: en una sociedad eminentemente cinematográfica y, especialmente visual, la apariencia inmediata (que asocio al peinado y la vestimenta) se vuelve potencialmente una forma dominante de catalogar a las personas.

¿Qué cuidado?... La libertad de reinvertirse en cuanto a la apariencia y a un nivel analógico, la posibilidad de reinventar la vida las veces que uno necesite, le apetezca y le parezca. Y también poder romper esquemas en torno a la apariencia.

El año pasado me corté el pelo de una forma que según varias personas cercanas me hacía ver "flayte" y/o homosexual. Varias personas de la pega me dijeron que ese corte no servía para atender a las personas porque hacía ver que yo tenía "problemas" o que se me había zafado un tornillo: aún así me mantuve en mi decisión. Incluso mi pareja de ese tiempo se enfureció por el peinado, pero lo mantuve porque cuidé la libertad que tengo para andar como se me dé la gana y de reinventar mi apariencia las veces que sea necesario sin que se dude de mis capacidades, ni mi estado mental. Sé que las personas que realmente me conocen aceptarán, aunque no les guste, y que las intenciones de romper esquemas (para ampliar las posibilidades de habitar el mundo) trascienden a las del discurso y se posicionan también en la imagen.

"Hasta que me cansé de ser una pantalla"

Gaby, 32 años. Soy Mexicana. Me considero femenina aunque no uso tacones, ni me maquillo mucho, desde niña siempre me gusto ser activa, para mi a veces era incómodo andar de vestido porque no podía brincar "sino se me veían los chones (calzones)" mi mamá siempre me decía "tienes que ser más femenina, no puedes andar por la calle brincando" aunque siempre le gustó como fui :) y a mí también!

Cuando comencé a trabajar, un discurso dominante era que si eres mujer tenías que salir bien vestida, bien maquillada y entaconada, porque le daba poder a tus relaciones laborales y con la gente que te desenvuelves. Hubo un tiempo que lo intenté, debía levantarme a las 4:00 am, para tener tiempo de plancharme el cabello, ponerme un buen maquillaje, y salir en tacones a un trabajo que estaba a hora y media de mi casa (casi 2 horas), en la bolsa siempre traer tenis por si mi día era pesado. Al terminar la jornada me cambiaba los zapatos y salía a caminar durante un largo trayecto de regreso a casa.

Hasta que me cansé de ser una pantalla y de no poder ser yo, no me sentía cómoda sin poder caminar rápido, o acostumbrarme al dolor de pies por traer tacones o hincharte por traer ropa ajustada, regresar en la noche y tardar tiempo en quitarme el maquillaje, no poder dormir más tiempo en la mañana por tener que levantarme temprano para poder cumplir con lo que me pedía la empresa.

Me resisto a los discursos que dicen “como te ven te tratan”, “si eres mujer y no usas tacones eres fachosa y poco femenina”, “no hay mujeres feas, hay mujeres sin maquillaje”, “para que los clientes te tomen en serio, tienen que verte bien vestida”, “si no usas tacones, la gente no sabrá que eres profesionalista o pensarán que eres la becaria del área”.

¿Qué cuido?... Que mi valor como mujer no depende de la marca de ropa que uso, o del tamaño de los tacones que me ponga, que no soy yo misma con una máscara de maquillaje, que mi piel necesita respirar al igual que mi alma, y solo si fluyo como soy realmente lo podía lograr. Que la belleza en la mujer no está por fuera, sino por dentro y en cómo tratas a los demás, y si la gente te exige que seas como no quieres ser, habla más de los defectos de los demás que de los tuyos. Y que no era el único trabajo en mi vida, que tendría otros y que esta vez sería natural. Obviamente había eventos en los que implicaba más arreglo que en otros, pero no era siempre, y ese arreglo se dejaba para “ocasiones especiales”, y que no por usar zapato bajo quería decir que iba a perder mi femineidad, o que no sería bonita.

“La autodeterminación de la propia vida”

Pamela, 27 años. Soy mujer, feminista, lesbiana, chilena, nacida en San Carlos, habitando la ciudad de Concepción, trabajando como Psicóloga.

Siendo feminista decidí ser lesbiana como una acción política en respuesta al patriarcado que ordena las relaciones entre las personas de manera heteronormativa, regulando las formas de sentir deseo, expresar el placer y apropiarse del cuerpo, en especial, en las mujeres. La heteronorma patriarcal, que opera como una voz omnipresente que regula las relaciones entre hombres y mujeres, y la propia relación de las mujeres con su cuerpo.

Quise honrar el derecho a ser libre, a la autodeterminación de la propia vida.

“Hablo por mi diferencia”

Juan Villalobos, 26 años. Chileno, heterosexual, cisgénero, profesional, sin deudas actualmente.

Oponerme a la “oportunidad” –señalada por un médico y alentada por mi familia- de “retocar” estéticamente mi nariz al momento de realizarme una intervención por

tabique desviado para respirar con mayor fluidez, desafiando la idea de belleza: “perfil griego”. La idea de rostro como simetría y presentación más “a mano” en el mundo.

Honrar la diferencia; hablo por mi diferencia que en ese momento fue mi nariz, que el discurso médico y familiar nombraba como “cayuya”.

“Más allá de lo que el resto opine”

Dani, 26 años. Mujer, Chilena, heterosexual.

Salir a comprar en pijama los fines de semana, desafiando la idea o mandato de que las mujeres debemos estar siempre bien vestidas y “arregladas” (como si estuviésemos rotas) para salir a la calle.

¿Qué cuidado?... la certeza de que mi cuerpo es mío y tengo derecho a vestirlo como quiera, el compromiso con mi comodidad, el valor de ser fiel a ti misma y lo que te hace sentir cómoda más allá de lo que el resto opine.

“Hay que vivirla a concho”

Marcela, 51 años.

Cuando tenía 25 años decidí no tener espejo de cuerpo entero. Tenía un espejo chico colgado en el baño donde me miraba una vez al día, en las mañanas al peinarme, porque me miraba al espejo y no me encontraba linda, pero si no me miraba se me olvidaba y me sentía bien y podía funcionar según eso, cómo me sentía y no cómo me veía.

Me resistía al discurso que dice que hay que “verse linda” que está en relación con la idea de “tener una cara más delgada, una mirada menos penetrante, una expresión menos severa y que se te vean los párpados”. Y sobre todo a los discursos que me decían “te ves gorda, desproporcionada y fea y por lo tanto no te van a pescar, no resultas atractiva”.

Sé que el cariño y el buen amor de pareja no depende de la apariencia física de las personas, esto es algo de lo que estoy absolutamente convencida. Sé que personas que puedo encontrar más feas o más gordas que yo pueden verse muy bien y disfrutar de la vida y a la vez que personas que puedo encontrar estupendas pueden sufrir por

considerarse feas, lo que me confirma que el cómo me siento no tiene que ver con cuánto pesa o cómo luce mi cuerpo. Honro el valor de que la vida hay que vivirla a concho y lo mejor posible.

“Cada día es distinto”

Thay, 28 años. Soy persona.

Desde la adolescencia me vestí como un niño deportista. Mientras veía como todas mis compañeras de curso se “ARREGLABAN” lo más posible para salir a la calle o ir de fiesta, yo siempre fui de buzo y en invierno más abrigada que hijo único, no dispuesta a pasar frío por un estereotipo de cómo lucir.

Odiaba el sentir impuesto que la mujer debía maquillarse y vestir ropas ajustadas si tenía buen cuerpo. ¿Por qué aceptar un mandato que te hace sentir incómoda, apretada y limitada? Los tacos limitan para correr, el maquillaje limita para ensuciarse, el apretujamiento limita la movilidad.

Honro a la libertad de poder hacer y ser lo que queramos en el momento en que lo sentimos. Hoy decido cómo lucir cada día y cada día es distinto. Soy consecuente con escucharme y respetarme.

“... las manos reseca me recuerdan a mi papá”

Andrea, 35 años.

Decidí vestirme como yo me siento más Andrea y no como debería vestirme de acuerdo a mi edad. No puedo usar tacos porque me duelen los pies y si me duelen es porque no debería tenerlos puestos, tengo las uñas con cutículas y las manos reseca porque se me olvida ocupar cremas (las manos reseca me recuerdan a mi papá que trabajaba en construcción y sus manos se partían por el cemento). Uso vestidos y poleras de “jovencitas”, ¿por qué no? si a mi me gusta como se ven. No uso maquillaje, porque prefiero destinar ese tiempo a otras cosas que considero más valiosas. No cuido mi pelo con cremas de masajes, nuevamente por el tiempo.

Son “pequeñas” resistencias contra el “deber ser, deber verse, deber representar”.

- Las mujeres femeninas y delicadas, se cuidan, cuidan de su piel, se demoran grandes cantidades de tiempo en “arreglarse”.

- Los “profesionales” deberían representar sus competencias y sus habilidades por medio de un vestuario serio, adecuado a su edad.
- Mostrarse como personas resueltas y exitosas por medio de su imagen corporal.

Quiero ser yo en las distintas esferas en las cuales vivo. Ya es bastante mimetizarse en el todo para cumplir con los roles que se me han asignado (y que he decidido aceptar), entre ellos mi trabajo. Tengo derecho a mantener algo de mí, a no anularme por medio de los roles que asumo en el cotidiano. Porque el usar una ropa u otra no me da valor como persona. Porque puedo decidir destinar el poco tiempo del cual dispongo (porque lo cedo a las responsabilidades) a lo que para mí es valioso. Porque no resueno con la estética de los tacos y las manos suaves de “señorita”. Porque deseo mantener mi yo “estético” como una manera de honrar las particularidades que esta forma de vida no me ha arrebatado. La imagen que proyectamos por nuestra forma de vestir, puede no tener un significado, pero también puede ser resistencia, también puede ser una forma de recordarnos quienes somos o quienes preferimos ser. Es una forma de mantenerme acompañada por *Mí* en una sociedad que solo busca disolvernarnos en la masa.

“Hay otras preocupaciones...”

Ivon, 32 años.

Decidí no usar adornos externos tales como aros, uñas pintadas, pulseras o cadenas que me hicieran ver más “femenina”, y uso de ropa ancha, tales como poleras, ya que mi cuerpo es grueso y no cumple con el prototipo ideal. Importándome un bledo la opinión y miradas del “público”.

A la idea de verse “femenina”, “como señorita”, pues una se viste como le acomode y sienta segura, sin aparentar lo que no es, sin preocuparse de olvidar ponerse “adorno”, pues hay otras preocupaciones.

¿Qué cuidado?... la esperanza de que los discursos dominantes en un futuro no sean tema y que el cuerpo sea visto como tal, sin importar como este sea o como se espera que sea. Que los cánones del ideal corporal femenino no sean un referente de medida universal y estandarizado, sino propio, a comodidad del individuo, del ser.

“tsss, pensé que eras brasilero de verdad”

Joao, 32 años. Chileno, hombre, heterosexual, chileno/brasileño.

No acceder a bailar axe con un grupo de personas y que se me diga que soy fome por no bailarles. Me ha sucedido en variados contextos en los que estoy inserto –como en el laboral por ejemplo- que algunas personas me instan a que baile axe, siendo el género femenino en mayor cantidad, solo por el hecho de enterarse que tengo ascendencia brasilera. En este sentido, si bien podría acceder a la situación y bailar, esto me genera una incomodidad tremenda, dado que en el pasado lo hice, creo desde un plano de deseabilidad social. En este sentido, resistirme a bailar genera una especie de decepción, me han dicho incluso: “tsss, pensé que eras brasilero de verdad”. “Que soy fome, ya po báilanos”.

Esta situación también se suma, por ejemplo en el plano laboral, en que en algunas instancias me piden que en reuniones, para cerrar acuerdos, les haga bailes a las otras personas, sobre todo si son del género femenino, situación que me pone incómodo al evidenciar que se valoran factores superficiales y físicos, por sobre la calidad en el desempeño.

¿Qué cuidado?... Intento constantemente desarrollar un trabajo comprometido con mi posición ético-política, preparándome de forma respetuosa para poder colaborar desde planos que se armonicen con los saberes técnicos. El valor que las personas deben ser honradas en su totalidad, que se las conozca, respetando sus saberes y particularidades. Que no se les obligue o presione a desarrollar una práctica en particular. A qué las personas no sean valoradas sólo desde un plano superficial, como los patrones físicos de belleza.